

Cultura a la contra

De la frivolidad y su tratamiento

En estos tiempos de seriedad, salpicados de jornadas de reflexión y de momentos históricos y trascendentales, está muy mal visto ser frívolo; parece un entretenimiento de alta comedia cuando estamos sumidos en la desolación del esperpento. Se mira mal a quien es alegre, o a quien sabe llevar su tristeza —así decía Bárbara, u otra cantante francesa— como una flor en el ojal. Se insulta desde todos los puntos de vista a quien bromea sobre lo serio, y más aún a quien se toma en serio lo superficial. Como siempre, ellos, los serios, los profundos, los trascendentales, mandan. Y dentro de poco empezarán a meternos en campos de concentración, reeducación o exterminio a quienes nos neguemos a tomarles tan a pecho como ellos creen merecer. Se perdona todo menos la frivolidad; no se permite un punto de vista disidente, la mirada ingenua de quien da más importancia al color de los calcetines del presidente que a sus palabras; ¡como si las dos cosas no estuviesen directamente relacionadas! Eso sí, la sátira, la crítica humorística, está permitida e incluso bien vista.

Sin embargo, la frivolidad es una forma de visión de la realidad positiva: el frívolo es aquel que ve la realidad desde la distancia, que se fija en la superficie y en la apariencia de las cosas y sabe sacar de este material elementos para un análisis agudo, si no profundo. Su arma es la paradoja —expresión de una verdad olvidada, según el Maestro—, su capacidad genial, la de unir dos realidades aparentemente distantes en el mismo plano. El frívolo comprende la relación que puede tener una puesta de sol con un golpe de Estado inminente, y actúa en consecuencia. Su visión del mundo está —como el mismo mundo— guiada por el azar y por el capricho. Nadie más capacitado, pues, para comprender lo que pasa.

Todos nuestros pensadores actuales —todos los que importan— están marcados por una brillante frivolidad: comentan el mundo desde sus alrededores, se fijan en detallitos nimios y en visiones de conjunto demasiado grandes. Su snobismo cultural —otro valor muy despreciado— les ayuda bastante en la tarea: les permite estar al corriente de la moda y ver lo que nos quieren hacer pasar por trascendental desde el punto de vista de lo efímero, de lo perecedero; anteponen así lo moderno a lo clásico —que, en el fondo, no es más que una moda convertida en canon, un trozo de algo que fue vivo y que ahora ha quedado anquilosado—, lo gracioso a lo sublime, la flexibilidad al rigor y la belleza del mito a su significado. El frívolo es oportuno frente al oportunista.

En estos últimos tiempos —desde que murió el padre de todos— se está llevando a cabo una campaña para devolvernos la seriedad a todos los que no la queremos para nada: se nos impulsa, por ejemplo, a votar, haciéndonos creer que nuestro voto es importante, y que las urnas son los objetos más serios del mundo; que podemos decidir nuestro futuro, cuando el futuro es algo que sigue estando en manos de los serios oficiales, que se lo reparten como quieren. Se desea encasillarnos en partidos y banderías diversos, seguramente para poder clasificar mejor nuestros cadáveres después de pasar por la cámara de gas. Pero no nos dejemos: ya nos llamen pasotas, ya decadentes, inconsecuentes tal vez, así queremos continuar. Aunque sólo sea para permitirnos el lujo de tener opiniones o, por lo menos, intenciones propias. ■ EDUARDO HARO IBARS.

simplistas, no muy diferentes de la anglofobia de la versión televisiva de "Sandokan". Pero Pratt no deja que la ideología la frustre una buena aventura: el mismo Corto Maltés que en "Concierto en do menor para arpa y nitroglicerina" atenta contra las fuerzas de ocupación británicas en Dublín, en "Sueño de una mañana de invierno" impide que los espías del Kaiser acaben con el Alto Estado Mayor aliado. Y en el colmo del paternalismo, al final de "Samba para Tiro Fijo", el providencial Corto Maltés nombra a dedo al nuevo jefe de los rebeldes cangaçalros.

Un personaje tan inconsistente y sospechoso hubiera resultado insostenible en manos de un dibujante menos dinámico que Hugo Pratt. Con rasgos rápidos y funcionales, olvidándose del "raccord" y hasta de detalles de concordancia temporal, arrastrado por la trepidante actuación de los protagonistas, Pratt consigue que Corto Maltés sacie nuestra sed de aventuras casi tan satisfactoriamente como las creaciones de John Huston o Jack London. ■ DIEGO A. MARIQUE.

CINE

"La vieja memoria"

Estamos ante una película excepcional: la mejor reflexión que desde el cine se haya hecho nunca sobre la guerra española.

Reflexión que parte de la búsqueda del documento insólito, de la declaración desconocida, del

testimonio olvidado, del enfrentamiento dialéctico entre las partes que combatieron en aquella guerra, por supuesto no clausurada, por supuesto viva y actual.

Porque una guerra no acaba nunca del todo; se puede tratar de olvidar, de ocultar, de transformar, pero siempre está ahí, de alguna manera presente. O debería estarlo, por lo menos. Por eso Jaime Camino propone desde su película la captura de nuestra vieja memoria, para aprender de ella, para definir mejor el presente, para enfrentarlo con más datos. No se debe olvidar. No tanto por el rencor o la venganza como por la información insustituible que contiene esa memoria de todos.

En tres años de trabajo, Jaime Camino ha ido recogiendo declaraciones de representantes claros de las distintas opciones que combatieron: Montseny, Ibarri, Fernández Cuesta, Jato, Gil Robles, Tarradellas, Santillán, Escofet... y una larga lista que incluye también a combatientes anónimos que mitifican su guerra, pero aportan información básica para entender mejor por qué se perdió o se ganó aquella contienda. Es evidente que, tras la objetividad con que Jaime Camino ha tratado el material obtenido en las entrevistas, permanece el hombre que busca una razón válida hoy para entender la derrota republicana. En ese sentido, el enfrentamiento Ibarri-Montseny resulta clarificador. Pero también la terrorífica y honesta declaración de Viallonga, los reportajes filmados, la vehemencia de Escofet. Cada aspecto de la película lucha con otro distinto en una lección de



"La vieja memoria", de Jaime Camino.